Cien Años

REVOLUCIÓN
MEXICANA

Vista Desde Dentro
Por FRANCISCO BULNES



México, 2009

Título original en inglés:
The Whole truth about México
President Wilson's responsability

M. Bulnes Book Company
810 Broadway
New York

Traducido por:
Lic. Florencio Sánchez Cámara

Primera edición en español:

Noviembre de 1960

Impreso en México

NOTA SOBRE EL AUTOR

(1847 - 1924)

Francisco Bulnes, ingeniero civil y de minas; químico bacteriólogo; diputado y senador durante treinta años; presidente, en varias ocasiones, del Senado y de la Cámara de Diputados; miembro de la comisión que preparó el Código Minero de 1884 y la reforma al mismo, en 1892; miembro de la Comisión de Crédito Público; autor de las leyes para regular la Deuda Pública en 1886; presidente de la comisión encargada de informar sobre los mejores métodos para contrarrestar la devaluación de la plata; miembro de la Comisión Monetaria de 1894; profesor de matemáticas en la Escuela Nacional Preparatoria; profesor de hidrografía, cálculo y economía política de la Escuela Nacional de Ingeniería; miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística; presidente, en varias ocasiones, de comisiones en representación ante el Congreso de las Secretarías de Hacienda, Fomento, Comunicaciones y Obras Públicas; jefe de redacción del periódico *La Libertad;* redactor de *México Financiero, El Siglo XX* y *La Prensa;* autor de *Agricultura, Jornales y Miserias* y *El porvenir de las Naciones Latinoamericanas,* tratados de Derecho Constitucional, metalurgia y fermentación y de las siguientes obras de crítica histórica: *Las Grandes Mentiras de Nuestra Historia, El Verdadero Juárez, Juárez y las Revoluciones de Ayutla y de Reforma, La Guerra de Independencia.*

INTRODUCCIÓN

EN LA ENTREVISTA TAFT-DÍAZ (1909) GERMINÓ LA REVOLUCIÓN MEXICANA

Ya es un hecho históricamente confirmado desde diversas fuentes, que la llamada Revolución Mexicana fue promovida y financiada desde Estados Unidos.

La entrevista que el presidente americano William Howard Taft promovió con el presidente Porfirio Díaz, en El Paso, Tex., el 16 de octubre de 1909, fue decisiva. Taft expuso una serie de quejas respecto a la política mexicana, sin que el presidente Díaz diera disculpas, ni menos expresara promesas de rectificación. Ahí empezó todo lo que luego se convirtió en Revolución.

Francisco I. Madero era efectivamente opositor al régimen porfirista, pero carecía de recursos para derribarlo. Su llamado a iniciar la lucha armada no tuvo eco. Fueron Pascual Orozco y Francisco Villa —identificados oficialmente como ladrones de ganado, en el norte de Chihuahua—, quienes recibieron armas y municiones desde Fort Bliss, Texas, para acosar a la guarnición de Ciudad Juárez, que cayó en su poder el 11 de abril de 1911.

A continuación el gobierno de Taft reconoció prácticamente a los revolucionarios.

El golpe rebelde que se preparaba en Puebla falló con la aprehensión de Aquiles Serdán.

Varios periódicos norteamericanos publicaban informaciones favorables a los revolucionarios. El gobierno porfirista protestó por el abastecimiento de armas a los revolucionarios y se le contestó que era muy difícil evitarlo.

Don Porfirio tenía casi intacto a su Ejército, pero comprendió que si lo empeñaba en la lucha podría vencer a sus opositores, si estaban

solos, pero no a éstos y a Estados Unidos. Por tanto, decidió dimitir e irse al extranjero.

Fue, pues, una revolución hecha con armas americanas y con el apoyo de los presidentes Taft y Woodrow Wilson. México puso los muertos, cuyo total se calculó en un millón de adultos y niños, ya que además de los combates hubo hambre por falta de producción agrícola.

La intervención estadounidense fue tan radical que el embajador Lane Wilson apadrinó el asesinato de Francisco I. Madero, porque no lo obedecía, y se equivocó creyendo que el general Victoriano Huerta sí lo haría, y al ver que no podía manejarlo pidió que su Gobierno lo derrocara, para lo cual fue indispensable que tropas americanas desembarcaran en Veracruz.

En fin, fue una larga lucha entre diversas facciones revolucionarias: carrancistas, callistas, obregonistas, villistas, zapatistas, etc.

Como en toda Revolución —desde la Francesa en 1789 y la soviética en 1917—, en México brotó una tremenda persecución contra la Iglesia Católica. El reverendo Francis P. Joyce, capellán del Ejército americano, le pidió a Mr. Sillman —representante del presidente Wilson— que se diera asilo a las monjas mexicanas víctimas de atropellos, y Sillman le repuso: "Es cosa generalmente aceptada por todos que lo peor que hay en México, después de la prostitución, es la Iglesia Católica, y ambas cosas deben desaparecer."

En fin, fueron diez años de combates y abusos por doquier hasta que empezó a volver la paz en 1920, previo asesinato del presidente don Venustiano Carranza, inicialmente apoyado por la Casa Blanca y luego abandonado porque había desviado las directivas respecto a la Reforma Agraria que el presidente Wilson quería que rigiera en México.

Este libro es particularmente importante porque el gran historiador Francisco Bulnes fue testigo de primera fila, y vio desde dentro el desarrollo de la lucha revolucionaria.

Capítulo I

EL COSTOSO FRACASO DEL PRESIDENTE WILSON PARA IMPLANTAR LA LIBERTAD EN MÉXICO.

EL DISCURSO PRESIDENCIAL DEL 7 DE DICIEMBRE DE 1915

El atento estudio del informe del presidente Wilson, leído ante el Congreso de los Estados Unidos el 7 de diciembre de 1915, produce escalofriante y profunda decepción al notar que en ese notable documento nada hay, respecto a México, que responda a la intensa ansiedad de millones de individuos que, por motivos nobles o viles, siguen la marcha del sangriento y pavoroso drama que ahora se escenifica ahí, en el que Wilson figura como uno de los principales actores y como el mejor intérprete del tenebroso argumento.

Esto revela, con científica claridad, que el presidente Wilson está vencido, en sus apostólicos ensueños, por el rudo embate de una realidad criminal y salvaje. Cuando un hombre de ciencia, de carácter, de gran valor civil, y que le exige precisión casi matemática al juicio político, como el señor Wilson, incurre, al hablarle al mundo (porque el mundo oye cuando el presidente de los Estados Unidos le habla a su pueblo), en palmarias contradicciones, porque el espíritu del apóstol ha sido aniquilado por el destructivo empuje de acontecimientos trágicos que no se pueden negar, desfigurar, disminuir, ni justificar.

El presidente Wilson afirma que la agitada República Mexicana *ha contado en el curso del radical, pero necesario proceso, con pocas simpatías fuera de su territorio*. Como hombre de ciencia, el presidente Wilson no puede ignorar que, sin excepción, toda revolución motivada por circunstancias necesarias es, ha sido y será bené-

fica para el pueblo que la realiza y, en general, para la humanidad. Y si la Revolución Mexicana ha sido necesaria no debe haber duda ni titubeo en afirmar que sus autores han causado grandes beneficios a México, no siendo exacto, ni político, ni moral alarmar como lo hace el señor Wilson en su mensaje: *No se puede decir aún si hemos causado un bien a México o no, por la línea de conducta que, con respecto a esa nación, hemos seguido*. Esa línea de conducta ha sido de protección decidida y ciega a los revolucionarios mexicanos. Hay, pues, contradicción en declarar que la Revolución Mexicana ha sido necesaria y en manifestar duda sobre si protegiendo esa revolución se habrá hecho un bien a México.

Wilson pronuncia, en su mensaje, falsas palabras que deben emocionar a todos los pueblos latinoamericanos, al saber que el presidente de los Estados Unidos ha cambiado radicalmente de personalidad, teniendo un nuevo *yo* que ha olvidado al *yo* de ayer; o bien, que tan solemne personaje ha olvidado la lealtad a que lo obliga su encumbrado puesto. *Todos los gobiernos de América,* dice Wilson, *encuéntranse, por lo que a nosotros respecta, en una base de verdadera igualdad y de incuestionable independencia*. Fue, sin duda, el otro Wilson quien dirigió al “independiente” gobierno del general Huerta, por conducto de su representante personal, el señor Lind, la nota en la cual el presidente de los Estados Unidos, con un tono que hubiese sido más apropiado asumir con los gobernadores de Puerto Rico o Filipinas, exigía al gobierno mexicano que inmediatamente cumpliese las siguientes órdenes:

Primera: Cese completo de hostilidades; esto es, paz inmediata o, al menos, una tregua en México.

Segunda: Renuncia del presidente Huerta en favor de un presidente interino.

Tercera: Fijación de una fecha próxima para elecciones presidenciales.

Cuarta: el general Huerta no debería figurar como candidato a la presidencia.

El señor Wilson declaró, en el *Saturday Evening Post,* lo siguiente: *Mi ideal, respecto a México, es constituir allí un gobierno ordenado y justiciero; pero todas mis simpatías son para el 85 por*

ciento del pueblo que está luchando por su redención. No se comprende cómo a un pueblo, que está luchando por su redención y que considera que ésta sólo es posible cuando exista un gobierno justiciero emanado de su soberana voluntad, se le puede halagar o hacer justicia enseñándole que es facultad del presidente de los Estados Unidos constituir gobiernos ordenados y justicieros en México. Si esta política de la Casa Blanca no se presenta como facultad, tiene que manifestarse como acto descaradamente agresivo contra la independencia y soberanía del pueblo mexicano.

En el mismo documento publicado por el *Saturday Evening Post,* el señor Wilson declaró: *Ningún engrandecimiento personal de aventureros o capitalistas americanos, o explotación de ese país se tolerará. Sólo los negocios legítimos, sin carácter de monopolio, serán estimulados*. Indudablemente el señor Wilson confunde a México con Puerto Rico o las Filipinas, pues, de no ser así, sabría que los mexicanos tienen soberanía hasta para dejarse robar por los capitalistas norteamericanos o de cualquier nación, y que no pueden aceptar que el presidente de los Estados Unidos tenga la facultad de revisar todos los actos administrativos del gobierno mexicano y de invalidar, con inflexible veto imperial, las leyes, decretos y acuerdos de este gobierno, aun cuando la Casa Blanca asegure que tiene la facultad de ejercer derechos de tutelaje sobre el 85 por ciento de la población mexicana.

Probadas las trascendentes contradicciones en que incurre el presidente de los Estados Unidos en el "Caso México", hay que llevar el análisis, con precisión y tenacidad, hasta satisfacer las siguientes interrogaciones: Si la Revolución Mexicana ha sido necesaria, hay que determinar para quién lo ha sido: ¿Para la humanidad? Si esta revolución no fue necesaria, ¿quiénes deben caer en la historia y en la opinión pública como reos de alta traición a la especie humana y a sus indeclinables deberes como jefes de Estado?

WILSON OLVIDA LA HISTORIA

La Revolución Francesa, iniciada en 1789, fue un rotundo fracaso para el prestigio de las masas populares y un ejemplo de la

incapacidad de éstas, no sólo para crear un estado liberal ideal, sino para entender y practicar la libertad. Lo bueno que sobrevivió de la Revolución Francesa no fue producto de las fuerzas políticas del "subsuelo social". Lo más destacado de este momento fue la abolición de los privilegios de la Corona, de la nobleza, del Clero y de la magistratura, y esa abolición fue brillantemente discutida y decretada por la Asamblea Constituyente. Las arrolladoras reformas financieras, legislativas y administrativas que modificaban el antiguo régimen fueron obra de la Asamblea de 1791. Pero aún no pasaba el poder soberano al pueblo, cuando apareció la máquina de la tiranía más espantosa que ha tenido el mundo: la Convención Nacional, instrumento vil de una corporación (Comuna de París) destinada a grandes crímenes y a increíbles locuras. El terror producido por la voluntad del pueblo alcanzó a los grandes, a los medianos, a los pequeños, a los microscópicos, a los revolucionarios y a los terroristas. El pueblo terminó por repudiar su soberanía y entregarla a Napoleón I y a Luis XVIII, con tal de que éstos le devolviesen la mayor parte de las instituciones del pasado, mismo que la Revolución pretendió destruir, sin pensar que en la vida de un pueblo existe el pasado, el presente y el futuro.

La Revolución Francesa, realizada en nombre de la libertad y para la libertad, logró que el pueblo sintiese pánico al oír nombrar su soberanía y asco al escuchar la palabra libertad. Sólo hasta 1830 fue posible que los apóstoles políticos franceses del siglo XIX glorificasen de nuevo el liberalismo, y esa progresista revolución no fracasó porque la alta burguesía arrebató el poder a los apóstoles y profetas socialistas. El régimen liberal fue sostenido por el industrialismo que estaba apoyado por la aristocracia que prefería ser liberal antes que víctima de la soberanía de las masas. La Revolución de 1849 restauró el poder al pueblo, pero cuando éste se disponía a poner en práctica las más absurdas doctrinas socialistas, tuvo lugar una reacción de parte de los que preferían, aun amando la libertad, la opresión de un César a ser aplastados por el populacho. De los escombros del Segundo Imperio se formó la erupción que amenazaba destruir a la nación francesa: La Comuna de París. Mas para nulificar esta siniestra manifestación de la voluntad del pueblo, apareció el orden y la libertad en la república conservadora, obra de todos los franceses que deseaban salvarse de los cataclismos a que daba lugar la soberanía de las masas.

La República Francesa ha evolucionado lentamente hacia una república radical socialista, que lleva en sus entrañas el monstruo latente del socialismo doctrinario y del anarquismo empírico.

¿Por qué los Estados Unidos son una excepción a la regla que predomina en los países latinos, de incompatibilidad entre la libertad y la democracia? Desde luego, Norteamérica entendió, practicó y se educó gradualmente en la ideología inglesa. Y cuando alcanzó su independencia surgió como un pueblo demócrata porque poseía la condición fundamental de la democracia: La igualdad social. Similares condiciones prevalecen en Suiza, donde la clase propietaria constituye la mayoría; y mientras ese fenómeno se sostiene, la libertad es compatible con la democracia, porque la esencia de la democracia es la igualdad. Pero desde el momento en que los proletarios predominan sobre los propietarios, la libertad tiene escasas posibilidades de existencia. Más aún, los anglosajones tienen gran fe en el individualismo, debido al éxito que ha tenido el proletariado para gozar, en Inglaterra, del jornal más alto de Europa, y en Estados Unidos el más alto del mundo. Esa gran fe del anglosajón en la libertad, debido al triunfo de sus esfuerzos, se debe a que la raza anglosajona ha contado con los elementos económicos necesarios para crearse una situación superior a cualquier otra.

OTROS ELEMENTOS OPUESTOS A LA LIBERTAD

¿Han existido en México elementos para la formación de un partido conservador activo, respetable y útil? Los elementos para la formación de un partido conservador son los terratenientes de corte aristócrata. En México existe una aristocracia territorial católica, adorada por las tradiciones y amante de la libertad, confinada dentro de los límites de una república centralista o federalista conservadora. Pero para que funcione esa aristocracia, que con entusiasmo entró a la política bajo el amparo de la Constitución de 1824, le faltan los elementos que hacen la fuerza, o sea, prestigio ante la nación, riqueza, alma feudal o, al menos, espíritu militar con un fuerte respaldo en el ejército y el apoyo efectivo de la Iglesia.

El más imponente santuario de la patria es donde reposan los muertos, cuyas memorables hazañas han sido glorificadas por

los siglos. En los países de venerable tradición, las gestas patrias se confunden con los actos heroicos de su nobleza. Mientras existan verdaderos patriotas, aunque sean anarquistas, siempre habrá para ellos gratitud y admiración, en cuanto la paz le devuelva al patriotismo su cualidad reflexiva. México no puede depender, en lo que respecta a su raza blanca y mestiza, de tradiciones gloriosas, de legendarios héroes y de inspiradas visiones de nobles cruzados y conquistadores de nuevos mundos. La aristocracia mexicana tiene tradiciones pueriles. Representan al débil que necesita de la firme mano del conquistador para perpetuar su dominio.

El pueblo conoce bien el significado de los escudos heráldicos de su aristocracia. Con excepción de los descendientes de Cortés y de su puñado de terribles compañeros, el resto de la nobleza merece el desprecio o la indiferencia de los inteligentes y el odio de los iletrados.

Aunque las pretenciones nobiliarias mexicanas sean irritantes, en ningún caso sus dueños, culpables de simple vanidad o incorregible petulancia, son acreedores a una persecución implacable o a ser despedazados por las fieras populares.

La riqueza de los terratenientes mexicanos es otra mentira de inalterable prestigio entre los que ignoran la economía y la sociedad mexicanas. A tiempo se demostrará que los terratenientes forman una colectividad miserable y oprimida por constantes angustias, y que es más digna de piedad que de odio.

La fuerza de nuestra aristocracia en el ejército es nula por haber cometido la irreparable torpeza de retirar, después de la caída del emperador Iturbide, a sus hijos del servicio militar, a menos que se viesen obligados a solicitar una comisión honrosa.

El clero siempre ha cumplido su deber apoyando a la aristocracia, fiel depositaria de las tradiciones supracatólicas. Pero el clero ha perdido casi todo su prestigio entre las masas populares del Norte, aunque lo ha mantenido entre los habitantes de la región comprendida al sur del paralelo 22 hasta la frontera con Guatemala, aunque este prestigio no llega al grado de provocar levantamientos en pro de la religión. Sin fuerza efectiva los conservadores mexicanos no podían tomar parte activa en el gobierno, porque sólo los fuertes tienen el privilegio de gobernar. Los políticos de la clase media

encontraron, después de la guerra de Independencia, el modo de suprimir a la aristocracia de la lucha entre partidos. Se inventó un sistema original que se practicó simultáneamente en toda Hispanoamérica. Cada revolucionario declara, con el mismo fervor con que proclamó la Revolución, traidores a todos los servidores del Gobierno, aun cuando él haya sido uno de ellos —el más favorecido en muchos casos—. Todo traidor a la patria era condenado a morir, previa confiscación de sus bienes y sin perjuicio de que sus hijos escapasen de ser marcados por el verdugo con su candente fierro. Con semejante sistema, y atendiendo a que todo revolucionario triunfaba, vino el momento en que toda persona que poseía bienes se abstuvo de tomar parte en política, ya que significaba ayudar a su ejecución. Sólo aquellos que no tenían nada que perder entraron en la política. Ésta fue desde entonces arte del demagogo, cocina del hambriento y manicomio del iluso que, teniendo algún mérito, caía en el albañal social. El bandolero de levita se transformó en fuente de virtudes cívicas. La divisa del Partido Conservador, después de su última aventura —erigir un trono para el archiduque Fernando Maximiliano de Austria—, fue abandonar la política, aconsejando a sus hijos a que hiciesen lo mismo y tener por ideal las palabras que el malvado rey de Inglaterra pronunció la víspera de la batalla que había de destronarlo: *Y si yo muriera, nadie se compadecería de mí: ¡Qué digo! ¿Por qué deberían de hacerlo, si yo no encuentro piedad para mí?*

La formación de un partido conservador en México fue imposible, pues lo que soñó la aristocracia desde 1824 hasta 1880 fue el advenimiento del dictador, que con mano de hierro restaurara la paz para que ésta no causara la deshonra y la destrucción de la patria.

ELEMENTOS INTELECTUALES QUE CONTRIBUYERON A LA LIBERTAD

La política es un cambio constante y un problema amenazador y requiere, como todo gran problema, un vasto entendimiento y éste sólo puede lograrse por el elemento intelectual. El presidente Wilson no contó ni pudo contar, en su extraño proyecto para implantar la libertad en México, con las fuerzas orgánicas de la libertad (los

intereses económicos, causa de fenómenos políticos y morales), ni tampoco pudo contar con elementos intelectuales que favorecieran sus nobles, pero descabellados propósitos. En México nunca ha existido un auténtico partido liberal, ni siquiera una facción liberal, ni los verdaderos liberales gozan de prestigio político. En México el genuino liberal es objeto de la aversión y del desprecio de esa chusma ruidosa que representa al pueblo. Notables publicistas extranjeros han advertido esto después de examinar nuestra política. En México el liberal es una bestia salvaje siempre dispuesta a devorar la libertad ajena y abusar de sus libertades para transformarlas en ilimitado despotismo. La mayor parte de los liberales, generalmente formados por la Escuela de Jurisprudencia, veneran el dogma de la "soberanía ilimitada del pueblo". La libertad está constituida por derechos individuales, también llamados "derechos del hombre". Todos los derechos gubernamentales constituyen un freno ejercido sobre la voluntad popular, y si el pueblo sostiene su soberanía, aquellos derechos son un valladar a ésta. Ante la omnipotencia se carece de derechos; en consecuencia, la libertad no puede existir ante la ilimitada soberanía del pueblo. Tal individualismo constituye la esencia del concepto de libertad anglosajón, aceptado, aplaudido y enseñado en los Estados Unidos. ¿Cómo es posible que el presidente de una República tome en serio a los liberales mexicanos, que proclaman la soberanía *ilimitada* del pueblo, si todo ciudadano cuenta, cuando existe un problema de libertad, con la misma autoridad que un profesor universitario?

No puede haber libertad en un país en donde el poder se halla concentrado en aquellos que han inventado el más nefasto de los crímenes, demoledor de los principios liberales: ser "enemigo del pueblo" —crimen que debería ser castigado con la ignominia, la confiscación de la propiedad, y aun con la muerte. Es incomprensible que el pueblo mexicano, que de acuerdo con sus representantes es el autor de la famosa Constitución de 1857 —por la cual se ha derramado tanta sangre, se ha soportado tanto sufrimiento y esparcido tanta miseria por todos lados—, pueda concederle a todo individuo mexicano el derecho de ser su enemigo jurado y que, sin embargo, admita que sus enemigos merecen la confiscación, el tormento, la muerte y la subsecuente persecución de su familia. Nadie puede ser enemigo personal del pueblo, porque éste carece de personalidad física. A

un individuo se le puede calificar de enemigo político del pueblo cuando se opone a la clase popular, representada por el Gobierno, o cuando, justa o injustamente, censura a un gobierno popular. La Constitución le reconoce a cada individuo el derecho de proclamarse por un régimen teocrático, aristocrático, oligárquico, plutocrático o despótico, lo cual equivale a otorgarle a cada individuo el derecho de negar capacidad moral e intelectual al pueblo para gobernarse a sí mismo. De esta manera el pueblo mexicano, de conformidad con su voluntad soberana establecida —formalmente garantizada por la Constitución—, le da a cada individuo el derecho de censurar, justa o injustamente, a la representación constitucional del pueblo, a través de la cual ejercita su soberanía. ¿Cómo es posible, sin catalogar a este pueblo de injusto, despreciable o demente, aceptar la teoría que reconoce el derecho individual para declararse su propio enemigo dentro de los límites establecidos por las leyes que ella formula, y todavía considerarse como un pueblo civilizado y justo, cuando el demagogo destroza a su supuesto enemigo simplemente por haber ejercitado el derecho garantizado por la Constitución y sancionado por el pueblo?

La verdad es que el pueblo mexicano, a través de la Constitución de 1857, nunca ha concedido a individuo alguno el derecho de ser su enemigo. Este gran instrumento legislativo federal fue compilado por un grupo de pensadores honrados y patriotas que creyeron, al formular las leyes, interpretar la voluntad popular, no del pueblo real sino de un pueblo imaginario. Sus sueños, elevados hasta el delirio por los escritores extranjeros, les llevaron a extraviar al analfabeto pueblo mexicano, incapaz de entender el significado del derecho y mucho menos el de la libertad.

No puede haber justicia cuando se sostiene esta perniciosa doctrina, porque es incompatible con la aspiración popular hacia el absolutismo. No puede existir ciencia, debido a que las razas se hallan divididas etnológicamente en superiores e inferiores, notándose sus deformaciones y degeneraciones tal como si pertenecieran a las especies zoológicas. No puede haber literatura, porque ella revelaría la gangrena desarrollada en el cuerpo social que representa al pueblo, excitaría al horror, obligaría a pronosticar entre la muerte o la resurrección del pueblo y cauterizaría con hierros calentados, al rojo vivo, en la fragua de estrictas leyes morales. No puede haber

historia, porque la falsedad juega un papel estupendo y necesario en la vida de la gente que no admite esta teoría. Donde quiera que es enseñada esta criminal doctrina de "el enemigo del pueblo" existe gente esclavizada por aduladores y acusadores, que inflaman su vanidad y la tratan como a bestias domesticadas. Los liberales mexicanos no han entendido que es imposible establecer un gobierno responsable en un país donde no haya dos partidos políticos. Éste es el único medio para evitar el establecimiento de las dictaduras y la propagación de la anarquía. Los liberales mexicanos, al igual que sus correligionarios en las naciones latinoamericanas, aspiran a la formación de un solo partido político: el liberal, y que éste ejerza, por supuesto, el poder hasta la consumación de los siglos. En general, la mentalidad mexicana se resiste a aceptar el hecho de que la política unipartidarista es pura tontería y que, aun en contra de todas las leyes, sea posible asegurar la existencia de un solo partido. El monopolio del poder político es el más deplorable de todos los monopolios, ya que engendra la más insoportable tiranía.

Que el presidente Wilson no haya podido contar, en su ensayo para implantar la libertad en México, con la simpatía de los revolucionarios, se explica por este hecho: lo que parecía ser una tiranía imperdonable para la mentalidad americana, era proclamado por los revolucionarios y sus seguidores como la forma más preciada de libertad.

EL SUBSUELO SOCIAL

Para estudiar en su aspecto político a la clase popular mexicana, es necesario dividirla en dos clases: la rural y la urbana. Esta última se subdivide en: obreros —que forman parte integral de la vida industrial del país—, artesanos independientes y domésticos.

La clase rural representa el 85 por ciento de la población total. La mayoría de esta clase está compuesta por personas cuya condición social no difiere gran cosa a la de los animales domesticados, y está propicia a convertirse, bajo la influencia de ciertos procesos socialistas y anarquistas, en indomable bestia rugiente. Uno de los políticos más brillantes de México, el ultra liberal don Lorenzo de

Zavala, tuvo la oportunidad, cuando era gobernador del Estado de México, de hacer un estudio científico sobre el indio, ya que la raza aborigen predomina en ese Estado. Quiero advertir que Zavala no era canónigo, ni aristócrata feudal, ni cortesano, ni judío plutócrata. Zavala era un jacobino de la más rabiosa calaña, pero con un profundo conocimiento de la realidad que pretendía analizar. Nos dice, empero, que el noble y elevado ideal del indio de 1830 era: El exterminio de los blancos y la confiscación de sus propiedades; la expulsión de los mestizos bajo pena de muerte; reclamar México para la raza indígena, convirtiéndolo en una nación de indios sin traza de sangre blanca ni de civilización europea. En una palabra, el ideal indígena era reproducir fielmente el imperio semiteocrático de Moctezuma, con sus sacrificios humanos, sus feroces dioses, sus grandes señores con visos asiáticos, sus crueles e implacables guerreros y sus leyes inflexibles, escritas en tablas de piedra, y cómo, para coronar ese progreso —con su serie de maldades—, sería conquistado por la fuerza bruta. En 1873, Lozada, el jefe indio de la sierra de Alica, a la cabeza de 18 000 hombres perfectamente equipados, realizó una desesperada tentativa para restaurar la supremacía indígena y hubiese ocupado y devastado la ciudad de Guadalajara de no ser contenido por el general Corona en la batalla de la Mojonera. La cuestión agraria sólo ha sido la espuma de la insurrección de Zapata. Fundamentalmente, es una guerra de clases destinada a reintegrar al indio a su primitiva religión, a su patria (arrebatada por los blancos), a sus leyes (violadas por los conquistadores), a su riqueza real o imaginaria (de la que fue despojado), y a realizar el supremo anhelo de la venganza y de pasar a la posterioridad borrando las injurias acumuladas durante generaciones. Esto no es suposición, ni exageración. González Garza y Lago Cházaro, representantes zapatistas a la Convención de Aguascalientes y de la ciudad de México durante la administración de Eulalio Gutiérrez, declararon que México necesitaba un viraje hacia los indios, auténticos propietarios de la tierra, y que no podía haber compromiso alguno entre el conquistado, convertido en víctima, y el conquistador, incapaz de olvidar sus derechos de conquista.

La mayor parte de los mestizos rurales, que recuerdan a los árboles en sus tendencias, son aventureros y nómadas. Por regla general son vaqueros, cuya idea de libertad se confunde con el liberti-